

Prólogo a “Frutos de mi Tierra”

Por Pedro Nel Ospina

(El 19 de enero de 1958 se cumplieron cien años desde el nacimiento de Tomás Carrasquilla, el gran escritor de Antioquia, y el 18 de septiembre del mismo año igual efemérides del General Pedro Nel Ospina, el ilustre estadista colombiano. La Revista se honra en reproducir ahora el prólogo que éste último hiciera en 1896 para la novela “Frutos de mi Tierra” del primero).

Había oído hablar con elogio de **Frutos de mi Tierra** a los pocos amigos del autor que lograron, antes que yo, conocer el manuscrito; pero confieso que, cuando llegó mi turno y pude a mis anchas examinar y apreciar tan primoroso trabajo, fuí sorprendido por la maravillosa fidelidad de la pintura, la honda y sostenida observación de caracteres y de costumbres que preside aquella serie de cuadros, y el color gratamente local, íntimamente antioqueño, de la obra. Apresuréme a comunicar a Carrasquilla, condiscípulo y amigo de mis buenos tiempos, estas impresiones, y lo urgí a que procediera sin demora a su publicación, no por cortesía para con aquel amigo (cortesía acaso explicable en quien no lleve la franqueza al extremo a que en mis relaciones amistosas la llevo yo), sino porque estoy convencido de que su libro será uno de los mejores entre los que hasta ahora ha producido, en su género, el ingenio colombiano.

No contribuyó poco a mi agradable sorpresa el haber hasta entonces ignorado que Carrasquilla, de quien pocas noticias había tenido después de nuestra vida común de estudiantes, en los claustros de la Universidad de Antioquia, hubiera dedicado su tiempo y su claro talento a lecturas y estudios de índole puramente literaria y a ensayos en el arte difícil de dar forma, por medio de la palabra escrita, a las impresiones e ideas de nuestro ser sensible y pensante; tarea en extremo delicada y exigente y que no llega a hacerse con absoluto dominio y nitidez sino por el que ha nacido con vocación para ella y ha logrado vencer las dificultades externas e internas con que tropieza todo escritor al tratar de estereotipar en el papel su pensamiento. Entonces supe que un cuadrito de costumbres firmado con seudónimo y

publicado hacía poco con el título de **Simón el Mago**, que me había llamado la atención por su donaire y gracejo, era obra de mi amigo, quien, retirado hace algunos años a Santo Domingo, villa asentada como un nido de águilas en lo alto de nuestro quebrado territorio, hacía el Nordeste, en el riñón mismo de las sierras y cordilleras antioqueñas, lleva vida apacible de estudio y observación, en clima sano y agradable; libre de toda preocupación o cuidado que pudiera desviarle de sus aficiones y meditaciones; en esa dichosa mediocridad de fortuna —en la cual, teniendo todo lo necesario, se carece de las tentaciones de la ambición— que es la atmósfera más propicia para el trabajo de la inteligencia; célibe, sano de cuerpo y alma y rodeado de afectuoso ambiente: condiciones todas las más adecuadas para estudiar, pensar y escribir.

Es del caso observar que rara vez aciertan a combinarse estas especiales condiciones con una verdadera vocación y un talento claro y equilibrado, que sepa ir derecho a su objeto sin las vacilaciones, perezas y desfallecimientos que producen perplejidad cuanto a los temas o asuntos que convenga tratar y al modo como han de tratarse, o hacen dejar para otra ocasión la tarea, o presentan lo que de ésta se ha hecho como demasiado imperfecto, y nos inducen a abandonarlo o destruirlo. Y como quiera que “el arte es largo y la vida breve”, los días, los meses y los años utilizables se pasan sin que salgamos de esa esterilidad inquieta y dolorosa, de donde resulta al fin de todo ello una existencia inútil, y el pesar, que es casi un remordimiento, de suponer que acaso con algún esfuerzo sostenido por parte nuestra, pudo haber sido fructuosa. “Pudo haber sido!..”, la triste frase que aterraba a Whittier.

Conviene a mi propósito introducir aquí una digresión, que no estará del todo fuera de lugar. Bien sé que hace años se dijo en tono axiomático que entre nosotros no puede haber verdadera novela ni verdaderos novelistas, porque nuestra sociedad carece de clases perfectamente caracterizadas y diferenciadas entre sí; y que esa afirmación, que pertenece a las que por su carácter y amplitud provocaban la sonrisa desdeñosa de Lord Macaulay, ha sido recibida con mansos signos afirmativos por la gran cabeza de este Bovary, conforme y respetable tragavirotos que se llama el Público. Mas no me suena muy bien tan contundente y fácil aserto. Veo que la noción de lo que debe ser la novela va cambiando cada día; que este cambio, como todo progreso verdadero, se hace en el sentido de la simplificación; que en países como los Estados Unidos y Suiza, donde la novela prospera y florece gloriosamente, las viejas clases o demarcaciones sociales no existen ya o han sido sustituidas por otras cuya diferenciación principal estriba casi únicamente en su mayor o menor riqueza, y que, por consiguiente, en su personal, se cambian, se hacen y se deshacen cada día; que en esos países, así como en aquellos donde todavía, total o parcialmente, se conservan las antiguas estructuras sociales, como Inglaterra, Alemania, Rusia, Italia, Francia, España y Portugal, este género literario produce sus obras más famosas y aplaudidas, sin necesidad de contraponer clases sociales distantes entre sí, sino, por el contrario, reduciendo el género a verdaderas monografías, casi siempre tipos más o menos in-

coloros de la clase media, de esa **burguesía** que desesperaba a Gautier, y que es hoy, sin embargo, la dominadora del mundo, puesto que en beneficio suyo se han hecho y se están explotando los principales progresos del siglo.

Veo también, como en síntesis, que el ansia de gozar lo más posible, a costa de cualquier sacrificio o abdicación, en esta vida, sea porque ya no se cree en la otra futura o porque temerariamente se hace de ella caso omiso, aguijonea a la porción de humanidad que a sí misma se llama civilizada, y la empuja en desatentada carrera en persecución del dinero, llave infalible de todas las concupiscencias; que la facción característica del final del siglo en que estamos viviendo es una exageración monstruosa de la noción de este factor y una consiguiente depreciación de la de elementos o resortes que antes gozaban de igual o mayor prestigio, con lo cual se ha desequilibrado esencialmente la marcha ascendente de la civilización, tal como la entienden y definen los más avanzados pensadores; que la moralidad y el saber no son ya sino factores secundarios en ese desarrollo; que este afán reinante, ayudado por el espíritu cada día más utilitarista y estrecho de las enseñanzas e instituciones en boga, ha hecho más en la obra de borrar las antiguas demarcaciones sociales y reducir a valor casi nulo las tradiciones de nobleza y las jerarquías de sangre, que la tremenda Revolución Francesa con su esponja ensangrentada y el pasmoso poder de su propaganda política, hasta llegar a dividir virtualmente las sociedades en sólo dos clases, que se odian por miedo o por envidia: la de los que tienen y la de los que no tienen dinero, clases que, tocándose en su punto de partida, se alejan luego una de otra hasta llegar, magnificándose alarmantemente, a extremos cuyo contraste y contemplación han hecho germinar con desusado vigor en nuestros días las sectas socialistas.

Y volviendo luego la vista a nuestra propia sociedad, me encuentro con que los mismos fenómenos que se observan en las más antiguas y avanzadas, están verificándose aquí, donde, no por ser menos violentas las reacciones, dejamos de presenciarlas y de sufrirlas.

Y sigo creyendo que —puesto que, gracias a las facilidades de comunicación universal, a los libros y periódicos y a los progresos y economías de tiempo y de trabajo que van introduciéndose en todas las manifestaciones de la actividad humana, nuestra sociedad no es sino una provincia de la gran sociedad civilizada del mundo, gobernada por las mismas leyes generales y sometida en lo esencial a las mismas fases de desarrollo— las condiciones que presiden la producción literaria y deciden de su carácter y alcance, deben ser aquí las mismas que se observan en otras naciones, solo modificadas por las circunstancias peculiares de nuestra sociedad. Por donde se me muestra patentemente, o tal me parece, que aquello de la falta de novela por la de clases sociales bien caracterizadas, no pasa de ser una pamema.

Sin necesidad de explotar esa contraposición de clases, y con el mero relato de sucesos naturales de diaria ocurrencia, acaecidos en la vida de gentes que en nada se distinguían especialmente de la masa social en cuyo seno existieron y en las condiciones más comunes y normales, escribió Jorge Isaac su **María**, novela de primer orden en

todo sentido, aunque los que no aceptan que ésta pueda existir sin sucesos extraordinarios y trances absurdos, la han colocado con desdén magistral, ya en el género idílico, ya en el de cuadros de costumbres. El argumento de aquélla no puede ser más nacional: los tipos que el autor pintó e hizo funcionar se pueden hallar todavía en aquellas regiones, a pesar de los cambios que van introduciéndose en las costumbres de nuestra incipiente sociedad; los paisajes que copió, ahí están, indeciblemente bellos, en ese prodigioso Valle del Cauca, del cual sí que puede decirse que es “una sonrisa de la naturaleza”; y los sentimientos y pasiones que animan la acción, no son acaso los mismos que desde que el hombre cayó a la tierra vienen animando la familia humana, dominados por el amor, ese magnetismo del infinito, voz augusta y recóndita de una fuerza superior e incontrastable que habla a todos los seres y les marca fatal camino?

Otros ensayos menos afortunados se han hecho entre nosotros, de los cuales —omitiendo adrede la **Manuela**, respecto a cuyo mérito y carácter ha fallado ya con justo aplauso el aprecio de los lectores— sólo citaré aquí dos, que me parecen de los más notables: **Don Alvaro**, de don José Caicedo Rojas, y el **Alférez Real**, de don Eustaquio Palacios. Aquél, con todas las apariencias de una obra meditada y pulida, aunque fría y casi sin vida, llena de distinción y delicadeza y escrita con castiza pulcritud; éste, sumamente descuidado en el estilo y lenguaje, dañado en su efecto por la intrusión de las observaciones del autor, que suelen ir en su ingenuidad hasta la perogrullada, con una acción que no corresponde bien al cuadro elegido, pero rico en detalles, verdadera resurrección de tiempos ya olvidados, lleno de interés, de un mérito muy superior al que le ha reconocido el público, y obra de exhumación que ha descubierto tesoros que llaman a gritos al novelista de más recursos a quien toque escribir la novela de la vida colonial en el Cauca con esos elementos, tan parecidos a los que la señora H. H. Jackson explotó con habilidad y éxito envidiables al hacer en su **Ramona** el análisis apológico de la vida y costumbres de la población mejicana en California antes de la anexión de este territorio a los Estados Unidos. Estos ensayos tomaron como tema la sociedad del Virreinato y la vida colonial, las que, vistas desde nuestros días, en esas lejanías que borra las asperezas del aspecto, con la magia que el tiempo comunica a lo pasado y el interés que inspiran las noticias relativas a gentes, usos y sucesos a que retrospectivamente estamos ligados por tradición y afecto, y ricas en las diferenciaciones sociales, que entonces se conservaban con una regularidad y una severidad tan estrictas, debieron dar ocasión a aquellos escritores, si el huero aforismo que vengo con hechos rebatiendo tuviera fundamento, para escribir novelas muy superiores a la **María**, ya que ésta, al ser verdadera aquella tesis, no debió resultar viable. Y lo dicho basta para mi objeto.

Vendremos a parar en que no tenemos sino contadísimos novelistas, porque siendo de suyo difícil y exigente este género, y nuestro país uno de los más pobres entre los poblados por razas civilizadas y de los más atrasados en cultura literaria, es natural que sean muy raros los individuos que, dotados por la Divina Providencia con el dón superior de poder imaginar y exhibir las escenas de la novela, tengan

al mismo tiempo ocasiones y medios para descubrir su propia vocación y lograr, por estudios, observaciones y ensayos pacienzudos, encaminarla y educarla, y puedan, además, dedicarse a esa tarea, que viene a coronarse con la reposada, digna y noble producción literaria, sin las preocupaciones y exigencias diarias y prosaicas de la vida, sin el contagio de la pasión política y sus consiguientes inquietudes y desazones, que a todos ataca en estas repúblicas nuevas, y contando, finalmente (y esta es falla característica de nuestra situación en materias literarias), con un público serio y entendido en que abundan los lectores de gusto educado y severo, capaces de apreciar aquel trabajo y de estimular material y moralmente al autor. En resumen: que estamos demasiado pobres y atrasados para pagarnos el lujo de tener novelistas; y que está muy lejano el día en que la demanda de novelas nacionales sea tal entre nosotros (pues no parece razonable contar para esto con el público extranjero), que permita a nuestros novelistas vivir de su profesión.

En poesía, sobre todo en la lírica, que es la que más aficionados ha contado por acá, los requisitos para sobresalir son mucho menores y más naturales que adquiridos; como que, desde luego, se trata de trabajos de poca extensión, en cuyo buen éxito y excelencia hacen más la inspiración y la oportunidad que el estudio y el esfuerzo, cuya publicación —que generalmente se hace en periódicos y revistas— no exige gastos a su autor, y que cuenta con lectores entusiastas (aunque, en lo general, de pésimo gusto, a que se debe en gran parte la índole rutinaria y la pobreza de nuestras poesías líricas) en todas las esferas sociales, desde los mancebos de barberías hasta la dama remilgada y bachillera. Así y todo, para producir un poema de grandes proporciones como el **Gonzalo de Oyón**, único en su especie de nuestra Antología, se necesitó que en su autor se reunieran no pocas condiciones especiales que rara vez podrán combinarse del mismo modo entre nosotros; pues, reduciéndome a examinar sólo una de ellas, es hecho constante que nuestros literatos pertenecen a las clases pobres de la sociedad y viven acosados por las necesidades; que los hijos de familias ricas, son por lo general, los que peor educación reciben por acá, y que cuando entre ellos aparece alguno dotado de capacidades y aficiones literarias, rara vez tiene fuerza de carácter suficiente para quitar su atención de los negocios y dedicarse a educar y explotar aquellas facultades en bien de las letras.

Casi todos los Conquistadores de esta parte de los antiguos dominios de España de Indias y fundadores de nuestras familias y de nuestro pueblo en cuanto éste remonta sus orígenes hasta la Península, fueron hombres de armas tomar: mozos de espada o arcabuz; se-gundones, los mejorcitos, desprovistos de toda cultura intelectual; oscuros aventureros tan ignorantes y rudos como valerosos; gentes de avería, en fin, sin bagaje literario, y que mal podrían producir después por atavismo en su descendencia espíritus inclinados a estudios y observaciones de que ellos ni remota noción tuvieron. Que en otro sentido, como era de esperarse o de temerse, sí hemos sufrido los efectos de la ley del atavismo. Ni después hemos tenido, como han tenido en Chile, en proporción apreciable, cruzamientos de que hubiera po-

dido salir ganando nuestra raza en este concepto; cruzamientos de cuyos efectos benéficos no puede ya dudarse y que exhiben en aquella república tan gallardas muestras y en la nuestra la figura prominente de Isaac.

En tales circunstancias, los géneros literarios de cierto orden, así como los aprendizajes que exigen mucha capacidad, larga aplicación y considerables gastos, han tenido que andar entre nosotros de capa caída. Sin que por eso dejemos, en nuestro loable pero infundado amor propio nacional, de creer que vamos en esta última materia a “paso de vencedores” y de dar credenciales de hablistas a aficionados de pacotilla y de humanistas y filólogos a dómynes pedantes que, entre otras cosas del oficio, ignoran el griego. ¡Tan exacta observación es aquella de que cada cual se complace en juzgarse apto en lo que menos entiende y aquel refrán que dice que “en tierra de ciegos el tuerto es rey!” Verdaderamente causa maravilla pensar que haya podido formarse entre nosotros y por su propio esfuerzo el insigne Rufino J. Cuervo, príncipe de las letras de Hispano-América.

Si hasta el gusto por la lectura ha sido aquí escaso y apenas ahora empieza a extenderse, y eso sólo en las secciones que por la mayor proporción de sangre de blancos en su población, o por haber tenido gobiernos menos ineptos y descuidados, han logrado que se generalice un tanto en sus masas la enseñanza elemental; pues es sabido que la inmensa mayoría de departamentos tan poblados como Cundinamarca y Boyacá, no sabe leer. El hecho de haber aumentado muy considerablemente el número de libros impresos importados, en los últimos años —de los cuales, según se me informa, una gran parte viene para Antioquia— y el de estarse fundando bibliotecas públicas, por iniciativa particular, en las más importantes poblaciones de este departamento, son datos significativos y consoladores; no debiendo preocuparnos demasiado, porque en estos comienzos y mientras va formándose y aquilatándose el gusto de los lectores, los libros importados y los que llenan ya los anaqueles de esas bibliotecas sean en gran parte novelones insulsos u obras de poco fondo y escaso mérito, a la altura de la educación literaria de los consumidores: el tiempo y la lectura irán enseñando a éstos a buscar alimentos más nutritivos y sabrosos.

Como pasamos de la Colonia a la autonomía en época en que nuestra población estaba atrasadísima en gusto y cultura, y entramos en una existencia de luchas intestinas y ensayos desastrosos, a las veces ordenados por un empirismo dogmático y ciego, y otras por un erróneo prurito de festinadas experimentaciones *in anima vili*, que no han dejado tranquilidad para nada y han hecho de la vida en Colombia una pesadilla, al mismo tiempo de que de fuera nos han ido llegando muestras primorosas del adelanto literario y científico de otras sociedades, en nuestras masas, aun en las menos incultas, ha llegado a calar la idea —en tan sólidas razones apoyada, aunque acaso esas masas no acierten con el fundamento de su juicio— de que no es posible que acá produzcamos en esas materias cosa que valga la pena de leerse, viniendo, consecuentemente, a perderse todo aprecio por nuestros autores nacionales, salvo contadas excepciones, que en algunos casos

se deben al bombo que los mismos interesados o sus comparsas han tocado a toda fuerza para llamar a sí la atención, y toda esperanza de que algún día alcancen aquéllos a sobrepasar hasta competir, en el interés que sus obras inspiren y la excelencia intrínseca de ellas, con las que vienen de ultramar abasteciendo nuestras bibliotecas y saciando el hambre de información, de entretenimiento y de educación literaria que acosa a nuestros lectores.

De suerte que mientras las necesidades y ahogos de una sociedad tan pobre como la nuestra, han solido obligar a los que tenían dentro de sí la vocación y capacidades propias para llegar a ser novelistas, a entrar por senderos áridos, en que sucumbe aquella vocación y estas capacidades se atrofian, quedando ellos reducidos a la categoría de lectores de seguro criterio, y acaso invadidos de por vida por la sorda displicencia e irritabilidad que engendran a la larga los despechos minúsculos, entre los pocos que hayan podido aunar a esas ventajas interiores las otras condiciones de independencia, estudio y atmósfera propicia para su trabajo, los más, convencidos de la pobre acogida que a éste habría de hacer el público, y atemorizados por las enormes dificultades materiales de la publicación en nuestro país, donde ésta ha salido por lo regular carísima y en forma fea y defectuosa, han retrocedido, llenos de respeto por la labor intelectual, y, absteniéndose de hacer el esfuerzo, siempre penoso, de la creación literaria, se han contentado con sentirse capaces de la hazaña, sin imponerse las miserias de la prueba. De ciertos ensayos hechos por el prurito muy socorrido de publicar algún libro, sea el que fuere, es mejor no tratar.

Y he dicho todo lo anterior para mostrar cuánto aprecio, indulgencia y estímulo merecen aquellos escritores nuestros que, a pesar de tántas y tan grandes dificultades y probabilidades de fracaso, se lanzan resueltamente a la arena y presentan al público libros dignos de ser leídos con avidez y conservados con esmero al lado de las obras que se han conquistado ya un puesto en el aprecio de los peritos.

Tal es el libro de Carrasquilla.

Novela de costumbres en que para ligar la serie de cuadros que la forman hay apenas la trama suficiente —por cierto de poco valor en sí misma, sin que esto aminore el de aquéllos—, quien la lea con cuidado, sobre todo si por acaso topó antes con los originales, hallará que el autor logró esta vez lo que es el más alto **desideratum** en el género: reproducir con absoluta verdad los tipos y escenas que quiso retratar o copiar en su libro. Si eso logró y si lo hizo en estilo correcto y con lenguaje tan castizo como lo permitía la clase de obra encomendada a este instrumento, la parte del artista está bien desempeñada. Pretender buscar en una serie de cuadros de costumbres trascendentalismos y doctrina, sería insigne simpleza. Lo más que como enseñanza o generalización pudieran sacar del libro los que no admiten que se escriba por escribir, como se pinta por pintar, es un sentimiento de abominación y desprecio para con la mayor parte de los personajes que en él figuran y con cuya cruda exhibición alcanzó el autor a hacerlos más odiosos y repugnantes que si en buscar este efecto hubiera empleado centenares de páginas de disquisiciones y anatemas abstractos: que eso satisfaga a los que en estas materias sue-

len tomar el rábano por las hojas. Bien que, probablemente, este temperamento en que sitúo la cuestión es más de lo que en justicia corresponde a aquella agrupación terca e inquieta que finge ignorar que, en esto de enseñanzas morales sacadas de las obras artísticas, casi siempre hay más doctrina latente en el discípulo que en el maestro, resultando el concepto final en armonía con las tendencias o ideas del primero; que suele llegarse al mismo término por diversos caminos, como lo prueba el hecho de que se sacó una impresión de aprecio por la pureza y la rectitud en las acciones más ocultas de nuestra vida, después de leer **I promessi sposi** de Manzoni, como después de leer el **Primo Basilio** de Queiroz; y que cuando sólo se trata de obras de entretenimiento, ya sabemos por boca de Merimée, quien formuló sencillamente el concepto popular, que “una cosa es tanto más divertida cuanto más carece de conclusiones útiles”.

Pero la fidelidad de la reproducción es maravillosa en esos cuadros: más perfecta, en su naturalidad, según creo, que la que reina en las páginas magistrales de la **Manuela**. Sin que deje de ser innegable que Carrasquilla se dejó arrastrar en su trabajo, sobre todo al pintar sus personajes, por aquella noción por todos tácitamente aceptada en la práctica, aunque rara vez conscientemente, que expresó Lord Macaulay en su estudio sobre Maquiavelo, cuando dijo: “Los mejores retratos son aquellos en que se ha puesto alguna ligera dosis de caricatura. . . Se pierde un poco de exactitud, mas cuánto se gana en el efecto producido!” La dosis en el caso que analizo no sale de las proporciones convenientes.

Que pudo elegir Carrasquilla escenas y tipos menos repugnantes, tarea fácil, dadas las condiciones y estado de nuestra sociedad y nuestras costumbres, es evidente; mas esta observación en nada amengua el mérito de la obra en sí misma, y sólo probará, o que el autor tomó para ensayarse el primer grupo de gentes cursis o abyecatas con que tropezó, sin preocuparse poco ni mucho con el resultado final de su trabajo, el que por su forma hace pensar que fue emprendido con el mero designio de hacer algún cuadro naturalista, llevado luego por la corriente misma de la acción y las tentaciones del modelo a las dimensiones en que hoy nos es presentado, o que, viendo cómo algunos de nuestros más peregrinos tipos y costumbres van desapareciendo, al propio tiempo que otros nuevos van formándose, sin que, fuera —en tesis general— de emborronadores de papel o de escritorzuelos rastros que pretenden el título de escritores de costumbres porque explotan sin arte ni ingenio la pintura de lo sucio y soez, haya quien acuda a dejar de este estado social una copia exacta y amplia, en que quede a lo vivo reproducido, vino a resolverse a aplicar su observación genial a gremios tan desdichados; o no probará nada, que es lo que sucede con casi todas las observaciones.

Pero, sea lo que fuere, una vez elegido el tema, debió ser tratado como Carrasquilla lo trata: leal y valientemente, siguiendo el consejo que el viejo Polonio da a su hijo Laertes respecto a la necesidad de ser uno fiel a la verdad para consigo mismo, a fin de no llegar nunca a la falsedad para con los demás; reproduciendo lo visto, oído y sentido, real o imaginario, pero absolutamente verosímil, tal como lo

vió, lo oyó y lo sintió con su temperamento de artista, y no escuchando el insidioso raciocinio de aquel barbero a quien George Elliot, en su **Rómola**, hace decir: "Los florentinos tenemos ideas muy liberales sobre el lenguaje, y consideramos que un instrumento que, como la lengua, con tanta eficacia puede emplearse en adular o prometer, debe en parte habernos sido dado para esos objetos".

Es superfluo agregar que el autor sabe mejor que nadie que su observación se limitó a una porción muy reducida de la agrupación humana a que pertenecen sus personajes; que todos ellos, con tan pocas excepciones que no valen la pena de citarlas, son seres primitivos y groseros en quienes la que Ariosto llamó **naturaleza esclava** se impone, por causas demasiado fáciles de hallar, sobre la **naturaleza libre**; excrecencias y tumores, no frutos de nuestra tierra; y que sería tan absurdo juzgar en globo a la sociedad de nuestra villa por los datos que respecto a una porción especial, definida y muy restringida de ella, aparecen acopiados en el libro, como lo sería el juicio que del modo de ser y vivir de todos los parisienses formara algún lector intonso, con las informaciones, por cierto muy detalladas y verdaderas, que sobre algunos de éstos le suministra **El Assomoir**.

Sin que por lo que dejo dicho pueda tachármeme de optimista y parcial, pues debo agregar, a fuer de observador despreocupado, que no se me ocultan muchas de las condiciones defectuosas de que adolece nuestra gente. Desde luego, los españoles que se establecieron en el territorio que hoy se llama Antioquia procedían en su mayor parte de Vizcaya, Asturias y Extremadura, y trajeron consigo las ideas, costumbres y preocupaciones que entonces primaban, y acaso aun hoy priman, en aquellas agrias provincias: afición desmesurada al trabajo; hábitos de frugalidad, aseo y economía; respeto profundo a la palabra empeñada; espíritu de religiosidad sincera y honda —y por consiguiente eficazmente caritativa—, pero sin mojigatería; grandes afectos de familia, dentro de la cual cada uno se encastillaba y federaba; ansia de progresos cuyas aplicaciones les permitieron avanzar en sus negocios y aumentar el bienestar propio y el de sus allegados; especial aptitud para hallar sin esfuerzos ni contorsiones el lado práctico de las cosas, desde las más sencillas hasta las más nuevas y difíciles, desde la organización y orden de la familia hasta el manejo limpio y acertado de las cosas públicas...

Con estas condiciones, que son en su mayor parte cualidades, los defectos que a ellas corresponden naturalmente provienen de la estructura y desenvolvimiento de la vida social. Si después de establecido esto se piensa que Medellín es una ciudad relativamente nueva; que acá son casi desconocidas las gentes de casa aristocrática y los escudos de armas; que de todos los extremos de nuestro terruño han ido viniendo a agruparse aquí familias de estas condiciones, la mayor parte de raza blanca pura, pero que no tienen que llorar pérdidas grandezas o sentirse humilladas por la pobreza y la ruina, después de la prosperidad y el prestigio; que las más antiguamente avecindadas y más satisfechas de su abolengo, pronto se codean sin reparo con las de reciente establecimiento, dominándolo todo un amplio sentimiento

democrático muy loable, y un alarmante y pernicioso espíritu de negocio y de nivelación por medio del dinero; que nuestros más acaudalados millonarios, casi en su totalidad de pura cepa española que se complace en reproducir aquí los más gallardos tipos de las provincias septentrionales de la Península, eran ayer no más jornaleros o mineros paupérrimos y deben su fortuna, ganada en meritoria lucha, a su propio esfuerzo, ejercido en forma de inteligencia, perseverancia, actividad, honradez y economía; que a causa del aislamiento en que forzosamente tenemos que vivir por nuestra situación excepcionalmente mediterránea y por el ningún tiempo y esfuerzo que aquí se dedican a esparcimientos sociales, éstos son raros y de carácter agudo y anómalo; y, en fin, que nadie entre nosotros se paga de oropeles y, buscando en todo la solidez y la firmeza, se gasta la existencia en bregar por independizarse de la necesidad, de la pobreza, de la empleomanía, de la vida a expensas del esfuerzo ajeno y de otras desdichas reinantes, y de las indignidades y menguas que éstas traen consigo, o imponen, así como en allegar a los descendientes medios de escapar de esas **horcas caudinas**, de donde salen quebrantados los caracteres y mutilado el ser moral; cuando en todo esto se piensa, ningún observador serio extrañará la reserva de nuestras costumbres ni hallará despreciable nuestro modo de entender la vida. Sin que por éste —y esperando mejores días, que al fin llegarán cuando tengamos fáciles comunicaciones con el exterior y haya pasado el período de formación y acopio en que hoy estamos— deje de serle permitido lamentar que con elementos de grata actividad social como los que aquí poseemos ya; con una naturaleza tan fenomenalmente bella; con una situación tan pintoresca; con un clima que goza de fama de agradable; con una raza de que son rasgos característicos la inteligencia y la vivacidad, así como sorprendente aptitud para descubrir el lado ridículo de las personas, de las situaciones y de los sucesos y acierto especial para dar forma gráfica a esas impresiones, y cuyas mujeres son, cuando lo quieren, modelos de distinción y de elegancia; y con un núcleo de familias educadas y ricas, que por su número, educación y riqueza sobrepasan la proporción que naturalmente corresponde a la cuantía de la población, la vida social sea aquí de una monotonía desesperante, una verdadera vegetación y pueda todavía llamarse con justicia Medellín, usando de una gráfica expresión de Stendhal, “la patria del bostezo y del racionamiento triste”.

En las escalas más bajas, aunque no más humildes, de esa sociedad, halló Carrasquilla sus tipos principales y los que a ellas no pertenecen, menos pertenecen a las más elevadas. Los vió de cerca, pensó que mostrándolos satisfaría una necesidad propia de artista y proporcionaría a sus lectores el regalo de un entretenimiento y esa bendición del cielo que se llama la risa, pero la risa genuina y medicinal, que es la que estalla con la contemplación de lo ridículo (el que suele no ser otra cosa que la desproporción entre las pretensiones y los medios); y pasólos a su lienzo con una fidelidad que pasma, exagerando ligeramente las actitudes grotescas y los trances risibles, como lo están chulos y manolas, petrimetros y damiselas en los cuadros de Goya; y con colores y luces que de puro intensos parecen sencillos

y son el resultado de una observación ingenua aplicada a naturalezas robustas y audaces. La ironía, ese procedimiento tan difícil como eficaz, que deja impresión de frescura amable en las **Escenas de vida clerical** y de desoladora dulzura en **La Abadesa de Joarres**, es el medio de anotación que usa el autor; ironía que, con apariencias a las veces de bonachona simpleza, haría creer al que no sepa leer el libro, que Carrasquilla tiene alguna predilección especial por tales o cuales de los personajes, escenas y costumbres que nos presenta, de donde podría deducirse un juicio erróneo respecto de las ideas, y acaso de los ideales de aquél, lo cual es bueno advertir aquí para evitar equivocaciones; porque hay que saber leer este libro, como todos los en que, haciéndose a un lado cuidadosamente el autor, deja funcionar sus personajes con tal libertad y naturalidad, que al fin no sabe uno si son de aquél o de éstos las nociones e impresiones cuyo desarrollo está presenciando. Idea que Pérez Galdós expresa con delicada sencillez cuando en su primera parte de **Nazarín** dice: "Yo mismo me vería muy confuso si tratara de determinar quién escribe lo que escribo".

Esos personajes, que en el libro de Carrasquilla, nada hacen o dicen o piensan que merezca calificarse de extraordinario, ni mucho menos, mas como habitualmente no prestamos atención a los casos y vidas de esta clase, por entre los cuales suele rodar accidental o permanentemente la nuestra propia, tomándolas como manifestaciones comunes de fenómenos elementales, cuando el autor desarma pieza por pieza toda aquella armazón, al parecer sencilla y rudimentaria, nos sorprende tan inesperada complicación de detalles y resortes, de propósitos y tenacidades, de expectativas y sorpresas, de egoísmos y miserias, de atavismos y deformaciones, presentándosenos todo como un brote extraño de vegetación exuberante y monstruosa —como se llenan de detalles y complicaciones ante nuestros ojos sorprendidos, los bichos más diminutos y a la simple vista de conformación física más rudimentaria, cuando los vemos al través de los lentes del microscopio—; pero sin que podamos dejar de reconocer que asimismo y no de otro modo es la realidad, que si antes no acertábamos a formarnos idea de la complejidad de esa estructura, culpa era de nuestra ligereza y prejuicios, y que quién así sabe entender, analizar y exhibir todas esas reconditeces ha hecho ya mucho para adueñarse de uno de los más poderosos y apreciables recursos no sólo del arte de la novela, sino también del dramático.

El análisis que por medio de bien calculada exhibición hace Carrasquilla de la sensibilidad de sus protagonistas es otra de las facetas interesantes del libro. Tal vez en algunos capítulos (v. g. el XX), recarga demasiado los colores, sin que esto sea ya necesario para ayudar al efecto; pero es la verdad que en ese trabajo despliega una fuerza de observación de detalles que, por tratarse de animalidades sorprendidas en la intimidad de sus impresiones, hace recordar el esmero con que Zolá adivina y apunta, en **Germinal**, las relaciones y confidencias de **Batalla** y **Trompeta**, los dos caballos que bregan en constante tarea en el fondo de los pozos y a lo largo de las negras galerías de la mina.

Agustín y Filomena quedan después de leer el libro tan perfectamente delineados y exhibidos, que ya nunca los olvidaremos ni los confundiremos con otro alguno de los personajes que tengamos en la memoria por causa de otras lecturas, y no nos queda duda alguna de que esos sujetos, así, compuestos de todas esas piecitas que sin grande esfuerzo aparente de análisis psicológico nos presentó el autor, han existido, existen o pueden naturalmente existir. Como personaje de segundo plano, ni demasiado visible ni demasiado confuso, en una media luz difícil de hallar al escribir cuadros de esta especie, y que con el juego de él permite que la acción se anime sin complicarse, **Belarmina** no puede ser más natural. Cuanto a **César**, tan meloso y cargante como bellaco, todo lo que a este respecto pudiera yo decir sería poco. Más mal todavía de lo que a mi incapacidad corresponde creería yo haber desempeñado mi oficio, si no agregara que en mi concepto casi todo lo relativo a los amores de **Galita**, que ocupa buenas páginas del libro, es, por lo excesivamente diluído, inferior al resto y pudo y debió compactarse y depurarse un tanto.

La descripción de la tienda de los prenderos, la del Valle de Medellín, visto desde el **Cucaracho**, y el paseo que a este último lugar hace **César** en compañía de su prometida jamona, son capítulos magistrales, dignos de la pluma de cualquiera de los novelistas veteranos que en este ramo de pinturas, descripciones y relatos están actualmente enriqueciendo con sus cuadros la literatura española.

Mas no deja de asaltarme el temor de que la obra, no tanto por su crudeza y realismo atrevidísimo, a que todavía no está acostumbrado el gusto de la mayor parte de nuestros lectores, cuanto por tratar de tipos y costumbres esencialmente antioqueños, mucho más caracterizados y diferentes de los que se conocen, en condiciones análogas, en el resto del país, que los de la **Manuela**, por ejemplo, y por usar en sus diálogos de modismos, provincialismos y arcaísmos cuya significación escapará a los que no hayan nacido o vivido aquí o —cuanto a los últimos— conozcan las reliquias de la vieja lengua castellana que todavía se estila en nuestras montañas, sea mal entendida y poco apreciada fuera de Antioquia. Si así fuere, lo sentiré por los lectores que no gocen del placer de saborear una a una las frases bárbaras o pintorescas de nuestro pueblo. Y no aconsejaré que, como se hizo con el **Cultivo del Maíz**, de Gregorio Gutiérrez (que es, probablemente en su género, con la **Evangelina** de Longfellow, la más hermosa muestra de poesía de que puede enorgullecerse la América), se ponga al fin del libro un diccionario que ayude a entenderlo: especie de **fe de erratas**, civilizada, que poco o nada sirve en la práctica, pues el lector que a ella tenga que acudir cada vez que tropiece con una palabra o una expresión cuyo sentido no alcance a comprender, sacará de la lectura una impresión de descanso, interés y placer tan intensa, como la del que, sin conocer el inglés, haya, con la ayuda de una Gramática y un Diccionario, recorrido desde el principio hasta el fin, leyendo y traduciendo, el **Viaje sentimental** de Sterne. Qué hacer en tal caso? Pues... nada! Y que "los que tengan ojos vean y los que tengan orejas oigan".

Así y todo, no faltarán fuera de Antioquia y de los numerosos e importantes núcleos de población antioqueña esparcidos fuera de

nuestro territorio, quienes acierten, por una a modo de intuición del sentido común, a comprender y a saborear el de aquel lenguaje lleno a las veces de donaire y color y otras lastimosamente vulgar y pedestre, así como el de las frases y giros de gusto y casta un tanto discutibles que, en casos excepcionales y nunca por ignorancia o descuido imposibles de suponer en quien con tanta donosura maneja el estilo elegante y la dicción castiza, sino para hacerse más comprensible y familiar, suele usar el autor. Tengo para mí que tal vez habría sido un desacierto, desde el punto de vista en que éste debe situarse, suprimir todo aquello, cambiándolo por la banalidad de un lenguaje paupérrimo que, palabra por palabra, fuera comprendido y aceptado, con idéntica apreciación, por toda la población de un país en que, por ser tan extenso como es, y aquélla tan rala y diseminada y tan desprovista de relaciones y comunicaciones, cada agrupación tiene sus modismos que casi forman dialectos en algunas remotas regiones, complicado todo, allá por los vicios de pronunciación de los negros y acullá por los de los indios, de modo que el color local del habla, que es la mitad de la acción, se perdería a trueque de que todos los lectores entendieran una relación que como tal nada tiene de sorprendente, y diálogos y monólogos cuyo interés estriba en las peculiaridades del lenguaje en que están escritos, que es el en que fueron hablados. Y creo que de dos males se escogió el menor.

Debiendo agregar aquí que no me guía en este caso un espíritu de regionalismo estrecho y egoísta, sino un sentido de aprecio artístico muy defendible; sin que, por otra parte, la tacha de regionalista aplicada a tontas y a locas me asuste demasiado, pues sabiendo, como creo que sé, dar a cada factor de los que familiarmente manejan mi criterio y apreciación, su valor justo y exacto y profesando intenso amor a la patria colombiana, no me parece pernicioso, ni menos peligroso, que cada cual lo tenga también en debida proporción, por el lugar en que nació y por las gentes, escenas, costumbres, paisajes y territorios con que entró desde la infancia en más íntima comunicación y familiaridad; y se me alcanza que proscribir y anatematizar este sentimiento natural y respetable, bajo máscara de un patriotismo tan estéril y platónico como rimbombante y con innegables propósitos de explotación, no deja de ser tarea ingrata y poco envidiable.

Si mis temores se realizan —lo que Dios no quiera— el círculo de lectores de **Frutos de mi Tierra** se restringirá considerablemente, en detrimento de la fama de Carrasquilla; mas como éste se halla en todo el vigor de la edad y ha tomado en serio la vida, es justo esperar que, dueño ya de la popularidad en su terreno y con fuerzas sobradas para mayores hazañas, querrá buscar lectores y reputación fuera de nuestras breñas. No dudo que ha de lograrlo, si para ello combina y explota materiales de observación y trabajo que hoy más que nunca están a su alcance.

Por el triunfo que ha de conquistarle la publicación de este libro, y por los que, mediante Dios y su propio esfuerzo, habrán de corresponderle después, le envío desde aquí mis más cordiales parabienes. Todo nuevo esfuerzo que él haga, todo aplauso que obtenga, acrecerán la gloria de la patria y de Antioquia y serán motivo de re-

gocijo especial para sus amigos. Desde ahora me identifico en pensamiento con los lectores que han de entender y estimar intensamente el libro que, por distinción tan inmerecida como apreciada por mí, me ha tocado presentar en público; y ruego al ausente amigo que, excusando la pobreza de ingenio y el poco acierto con que he desempeñado la tarea —en la cual he querido reducirme a consideraciones generales para dejar a los lectores el placer de sorprender, una a una y con su propio criterio, libre de todo prejuicio nacido de ajenas apreciaciones de detalles, las bellezas del libro—, vea en mi esfuerzo una pequeña prueba del aprecio en que tengo su obra literaria, así como una gratísima ocasión de recordarle mi antigua e invariable amistad, ya que, felizmente, puedo desde mi oscuridad decir con el glorioso creador de **Hamlet**:

**“I count myself in nothing else so happy
As in a soul remembering my good friends”.**